

Textos y documentos

a la memoria de
Dinu Garber

La última expresión de su pensamiento*

Palabras del profesor Alfredo Vallota

Hoy estamos aquí para hacer homenaje a la obra académica del profesor Dinu Garber, a quien conozco desde hace muchos años, de un sinnúmero de reflexiones, discusiones e intercambio de ideas. Del Profesor Dinu Garber aprendí muchas cosas, pero la más importante es que me enseñó que uno debe ser claro en su respuesta, que este compromiso es el más importante que tenemos con el quehacer reflexivo.

Aprendí mucho en clases con cada uno de los profesores del doctorado de la Universidad Simón Bolívar, y en ese momento aprendí a hacer una tesis. Es decir, ¿cómo hacer una tesis?, recuerdo especialmente que, como uno no podía copiar y pegar, buscaba una palabra, otra palabra y otra palabra, hasta encontrar la que mejor significara la idea que se tenía en mente, o la que uno quería resaltar del autor o intérprete. Era un trabajo duro, en ese momento las tesis se escribían a mano. Y junto al profesor Garber y Sandra Pinardi, quedamos enganchados con varios trabajos, e iniciamos investigaciones, donde el profesor Garber nos enseñó cómo se trabaja, y así estudiamos tanto Descartes, como la modernidad, y abordamos a Leibniz y muchos otros. La mayor enseñanza fue aprender a trabajar la filosofía; saber hacerlo, no ser un charlatán.

El otro maestro que tuve, puedo decir, fue Mayz Vallenilla, quien me enseñó otra cosa fundamental: la amplitud de interés en Dios. Que uno no sea nihilista; tener la sensibilidad para percibir lo que sucede en el ambiente, que uno pueda registrar y elegir alguna de las cosas a las cuales yo alcanzo [a percibir]. Esa sensibilidad, la aprendí, que las cosas [no] son sensibles ante lo que aparezca, sino [ante lo que] yo debo haber visto. Que [uno] debe interactuar, que [uno] toque algo y después incorporarlo, como motivo de su reflexión, de una reflexión seria, documentada, extremadamente fundamentada, en Dios. De manera que, por eso, me siento privilegiado de mi maestro, de su legado.

* Edición de parte del homenaje al profesor Dinu Garber, organizado en la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela, moderado por el profesor Jorge Machado –a quien agradecemos la transcripción de las participaciones– realizado en el marco de la Semana de la filosofía, UCV- 2018. Este homenaje vino a significar la última expresión del pensamiento del profesor Dinu Garber.

Palabras de la profesora Sandra Pinardi (leídas por la profesora Yelitza Rivero)

Para entender el papel que el profesor Garber ha desempeñado en el ámbito de la filosofía venezolana, uno podría comenzar reseñando sus libros publicados; unos sobre Leibniz, *El espacio como relación en Leibniz*; otros sobre Descartes, *El puente roto: temas y problemas de la filosofía de Descartes*, o podría hablar de ese trabajo fabuloso a un nivel en el que el profesor Garber pone a Leibniz a comentar a Leibniz, comparando entre sí sus distintas obras, sus cartas y apuntes, hasta crear una constelación teórica, que no es solo capaz de abrir el vasto territorio entre cada pensamiento de él, sino que además nos muestra cómo ese pensamiento leibniziano opera, o se desarrolla, como un completo entretreído de ideas y perspectivas. Garber, así, nos muestra un modo de preguntar y de pensar, un modo de reflexionar. Uno podría también mostrar cómo el profesor Garber, a lo largo de los años, de modo directo e indirecto, ha formado distintas generaciones de filósofos, especialista en filosofía moderna, ofreciéndoles, a partir del estudio de los grandes autores de la modernidad, y gracias a su aguda mirada y capacidad analítica, diversos temas, problemas y modos de reflexión que son aún de absoluta vigencia en el mundo contemporáneo, logrando inscribir, activamente el pensamiento moderno en el horizonte del mundo que vemos hoy en día.

Sin embargo, yo prefiero tomar otro camino, y hablar de aquello que como alumna constituía un reto diario, y que él expresaba al afirmar que lo más importante en el estudio de la filosofía era “aprender a pensar con el texto que estábamos leyendo”. En otras palabras, que, más que aprender determinada filosofía, lo que hay que hacer es aprender a filosofar, guiados por los encuentros y las propuestas de alguien que lo había hecho ya muy bien. Un reto porque implicaba que, si bien era importante saber qué decían los pensadores que estábamos trabajando, era más importante aun intentar comprender los caminos —explícitos y también ocultos— que habían llevado a ese autor particular a decir aquello que proponía. Esta sentencia sobre la enseñanza filosófica no es nueva ni la inventó el profesor Garber, es una aspiración de nuestra disciplina muchas veces afirmada; lo que sí es propio del profesor Garber, es la rigurosidad y la coherencia con que actualizaba esa afirmación en sus clases y seminarios, en sus comentarios y correcciones, y en el hecho de promover entre sus alumnos la necesidad de indagar y reflexionar más allá de las repeticiones y los análisis ya realizados.

De este planteamiento, “aprender a pensar con los filósofos” surge una idea de enseñanza de la filosofía que se parece más a un entrenamiento en el pensar que a la adquisición de un conocimiento particular sobre lo pensado por algún filósofo. En efecto, para el profesor Garber, cuando aprendemos en detalle lo que decía algún filósofo, y solo aprendemos eso, no estamos aprendiendo filosofía, sino que estamos obteniendo un “conocimiento histórico”. Así lo afirma en una ponencia titulada “Filosofía y filosofar”, cuando, comentando una cita de Kant, dice: “Kant niega, por lo tanto, que el filosofar se reduzca a seguir a pies juntillas el pensamiento aprendido de algún filósofo –incluso niega que se pueda tildar como filosófico a tal conocimiento: lo denomina “histórico”–. Se trataría, en el mejor de los casos, de recluirse en y satisfacerse con el conocimiento de lo pensado por otro, lo que implicaría, entre otras cosas, reducir la formación del filósofo al aprendizaje y sujeción a un determinado pensamiento ...” En efecto, para el profesor Garber, entre la filosofía y la “historia de la filosofía”, hay una especie de hiato, una distancia que es importante no desestimar o ignorar, sobre todo cuando hablamos de enseñanza. Este hiato tiene que ver con un tipo de saber qué es para él la filosofía, un saber que no es un proceso acumulativo ni progresivo, que no es homogéneo ni puede pensarse como un cuerpo unitario, sino que, por el contrario, es una sucesión de miradas, perspectivas y planteamientos diversos y muchas veces contradictorios, una multiplicidad de lugares y modos de reflexión disímiles, un conjunto de acercamientos y resoluciones que, si bien algunas de ellas se vinculan entre sí, lo hacen a partir de las preguntas y problemas que se hacen. Es por esto [que] Garber afirma, en la ponencia antes citada, que “debido y precisamente a su referida falta de homogeneidad y continuidad, lo que la historia de la filosofía exhibe es una sucesión de individuos que han filosofado, o quizá mejor, cuyo quehacer la tradición ha calificado como filosófico [...] La filosofía [...] pareciera, según opinión de muchos, reducirse a su historia, lo que sin duda es la causa del preponderante papel que por lo general se le asigna en los *pemsa* de estudios. Pero esta consideración, pienso, implica una grave distorsión, pues dicha historia, en tanto historia de un cuerpo unitario de saber, que es lo que supone con ella, debería ser el recuento del proceso constructivo y progresivo por el cual la filosofía se constituiría en un todo cognoscitivo homogéneo. Sin embargo lo que efectivamente dicha historia narra no es sino la sucesión temporal de los pensamientos particulares de los filósofos. De allí que una descripción convincente de filosofía debería asentar, creo, que ella es lo que los filósofos hacen en cada caso; ni más ni menos. Y lo que los filósofos hacen en cada caso no remite a *la* filosofía, sino más bien

a una filosofía, la que precisamente elaboran o hacen en cada caso. En consecuencia, la filosofía entendida como un cuerpo cognoscitivo homogéneo, unitario y acumulativo no existe; sirva esto también para justificar mi duda acerca del valor formativo que puedan tener los cursos tradicionales de historia de la filosofía que, por lo general, promueven una unidad y una continuidad que pareciera encontrarse prioritariamente en la mente de sus proponentes”.

En otras palabras, la filosofía es siempre también un oficio y, como tal, su aprendizaje requiere de un ejercicio constante, para lo cual las clases y los cursos tendrían que tener algo de taller, espacios de encuentro y de producción. Las clases del profesor Garber tenían algo de ‘taller’, en ellas lo primero que uno hacía era aprender a leer, es decir, entender que un texto filosófico es una urdimbre de proposiciones y argumentos, pero también es una urdimbre de relaciones en las que se conectan épocas y miradas distintas (por afirmación o negación), y en las que cada idea o cada concepto se perfila a partir de los vínculos que alude o sugiere, o a partir de lo que en ellos se inscribe como diferencia o particularidad. Un taller en el que, desde una lectura detallada, el autor tratado se convertía en una especie de “interlocutor”, alguien a quien preguntar, alguien con quien comentar, alguien a quien descubrir, alguien con quien discutir. Porque en definitiva para el profesor Garber la filosofía se debía convertir en una experiencia y, como tal, tenía que estructurarse en términos de sentido, a la vez, significado y orientación, contenido y camino, revelación y también posibilidad de acción.

En efecto, enseñar, o aprender, filosofía requiere, para el profesor Garber, algún grado de autonomía e independencia en el trato riguroso y sostenido con algún pensador y algún pensamiento. La historia de la filosofía es necesaria, no pensada como una narración o como un cuerpo de conocimientos unitario y progresivo, sino como el territorio que nos permite encontrar esas filosofías, esos pensamientos con los que establecer una relación vital. Los filósofos son, entonces, los maestros que nos enseñarán a ejercitar el pensamiento y, como en un taller de pintura renacentista, lo harán cuando nos permitan participar de la elaboración de su propia obra, cuando aprendamos a reconocer sus composiciones y sus temas, sus tonalidades y ritmos, sus perspectivas y sus errores.

Lo que está diciendo Garber [es que] “... este oficio solo lo puede enseñar quien lo hace y lo practica, es decir, un auténtico filósofo, y quien quiera aprender a serlo, ha de buscar a un filósofo como maestro. Pareciera entonces que alcanzar la independencia requerida por el

filosofar demanda, aunque parezca una paradoja, un proceso inicial de dependencia y sujeción a un maestro”. De modo tal que Leibniz o Descartes, Kant o Hume, se convierten en esos maestros que están allí, no tanto para decirnos qué pensaron sino cómo lo pensaron, cómo elaboraron sus preguntas, cómo interrogaron su experiencia y su tiempo, cómo en la distancia, y justamente gracias a ella, nos permiten a nosotros seguir encontrando preguntas y problemas adecuado a los tiempos y circunstancias que nos toca vivir. Garber lo explica cuando, hablando del pensamiento de Mayz Vallenilla nos dice: “... el filosofar auténtico no consiste –con seguridad no prioritariamente–, en hacer gala del saber acerca de los grandes filósofos y de lo que han pensado y dicho. Se trata, más bien, en saber preguntarse, e intentar contestarse, acerca de lo que caracteriza y las posibilidades a las que invita la realidad que en cada caso es la propia, tal como lo hicieron esos mismos filósofos que se estudian o citan con la suya. El historiador de la filosofía, o el profesor que no está dispuesto a renunciar a su condición de filósofo, deberá resucitar a los filósofos muertos convirtiéndolos en pensadores vivos y actuales, ante una audiencia siempre nueva y, sobre todo, diferente cada vez; y para hacerlo, no queda otro recurso que ser anacrónicos a sabiendas”.

El profesor Garber ha dedicado muchas obras y esfuerzos a enseñar a filosofar, a mostrar que todas las preguntas de un pensador se re-actualizan, se re-inician y se re-escriben en la comprensión y en la interpretación, a requerir de sus alumnos infinidad de horas sentados, estudiando con dedicación y esfuerzo. Sobre todo, ha dedicado muchas horas y esfuerzos a promover el pensamiento, y su dedicación tiene como norte, como objetivo, comprender que, como él dice: “lo que debe prevalecer a toda costa es el pluralismo, es decir, la posibilidad de la discusión racional tolerante de todas las ideas y posiciones. Lograrlo es también la mejor respuesta posible en un momento histórico que busca desprenderse de un pasado que se agota y busca alternativas a un futuro que a todas luces es incompatible con la defensa de doctrinas y oposiciones en vías de extinción, sea cuales fueran los intereses que las sustentan”.

Un abrazo y un aplauso al profesor Garber.

Palabras del profesor Dinu Garber**

Bien, primero quiero agradecerles a ellos [los profesores organizadores del homenaje], que me han apoyado bastante por años y a ustedes [el público asistente], aunque no conozco a ninguno de ustedes, veo que son muy jóvenes para la universidad, de estudiar filosofía, cosa que me honra, porque están aquí presentes, ante un señor, un viejo que probablemente nunca vieron, pero del cual están hablando muy bien.

Debo confesarles de antemano que yo soy enemigo de estos actos, creo que se lo dije a Jorge [profesor Jorge Machado], “Si uno en su vida no comete un delito, uno no va a esperar que lo honren porque no cometió un delito”. Eso es lo normal, uno no comete delitos porque si no, uno no vive bien en una sociedad humana. Aquí [en las intervenciones previas] hablaban mucho de cosas que uno hace en la historia de la filosofía. Yo siempre le he dicho a mis alumnos que tengo al frente (algunos de los que están aquí lo recordarán) [que] yo no soy un historiador, es más, me aburre mortalmente la historia de la filosofía, lo que va desde Protágoras a Aristóteles y después de Aristóteles a San Agustín y después a Santo Tomás y después Descartes, Kant y qué sé yo... Y uno se pregunta, ¿y eso qué? Yo no quiero ser un historiador, me aburre, en el fondo. Entra en mi memoria... Y además, algunos instrumentos tecnológicos de hoy, basta preguntar[les] sobre cualquier cosa y te van a dar una respuesta, que probablemente será bastante adecuada y, si no conviene, uno busca luego la misma pregunta en otro buscador y encuentra doscientas versiones, con las que podrá quedarse o elegir algunas de ellas, si prefiere.

Esa es la memoria, de una manera precipitada; la idea no es ser historiador, memorizar. Entonces, ¿para qué vas a estudiar? La razón es muy simple y ustedes, que son jóvenes, que están adentrándose en eso de la filosofía, deben saber: el mejor maestro que pueden tener, es el preguntar. Dense cuenta [de] cuántos millones de filósofos habrá habido, desde los presocráticos hasta hoy; dense cuenta [de] que, en el fondo, la nuestra es la última pregunta; esa es una pregunta endiabladamente difícil, porque no es una pregunta especialista, como la del físico, que se va a preguntar por cierta sustancia, sino que es sobre la ambición de este ente; es decir, los filósofos nos preguntamos, ¿qué cosa es la realidad? es decir, ¿por qué esa realidad es tal como es? ¿Qué significa eso? ¿De qué manera la puedo, yo, entender? En el mundo de hoy,

** En la semana de la Filosofía 2018 celebrada por la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela cada noviembre de todos los años, el profesor Dinu Garber supo que esta revista preparaba un número con colaboraciones cartesianas y prometió participar.

especializado, esa pregunta es casi imposible de contestar y, sin embargo, el filósofo está obligado a preguntársela, y no significa, de antemano, que el filósofo no sea un especialista. Los especialistas somos científicos que hacen física, que hacen matemática, que hacen teología y eso es un conocimiento que, de alguna manera, hay que manejar. Los filósofos deben aprender de estas disciplinas.

Quítense la idea de que la filosofía es ‘humanidades’, y humanidades es una cosa agradable, y que no cuesta mucho esfuerzo, y que no es una cosa muy ajena a mí; que no hay que saber matemáticas, que no hay que saber física, que no hay que saber biología. Porque hay una parte, digamos, que [es] especializada, una parte compartimentarizada, que son descripciones de las realidades por las que nos preguntamos los filósofos. Y, además, nos vamos acostumbrando a la idea de que eso que dicen no es lo mismo que lo que digo hoy, que lo que dije ayer [y], muy probablemente, sea muy distinto de lo que diga mañana.

Esto se muestra muy bien cuando un científico, del que ahora no recuerdo el nombre, un mes, fue a chequear una de las predicciones de parte de Einstein. ¿Por qué demonios la órbita de mercurio, por algún motivo, no era regular? ¿Tenía una especie de marcha? ¿Por qué hacía eso? Y Einstein logró explicarlo, sin telescopio, sin nada, según pura razón y, como es pura razón, es hipótesis... Y lo decía Einstein, uno de los más grandes experimentadores y uno de los más importantes en la historia de la ciencia, de la física... Luego de ir a un eclipse en África y luego, para complementar, observó otro en Europa; entonces, efectivamente Einstein regresó a su casa, solo para razonar y explicar muchas cosas de las que observó, y demostró cómo una teoría, simple y llanamente, se puede explicar por pura razón, y eso es la constitución física del universo. Entonces explicó, por pura razón, cómo funciona el espacio y el tiempo. Y si un filósofo que no conoce de teorías físicas, ni matemáticas (y la física es el entorno que nos rodea) pretende dar respuestas de la realidad, ¿cómo puede hacerlo?

Resulta que la matemática logra establecer reglas. Así, rectas, paralelas, puntos, etc., todo eso es algo que no existe en la naturaleza. En otras palabras, podríamos preguntarnos, ¿por qué demonios alguien ciego y sordo de nuestro entorno entiende matemáticas? Y no hay ningún problema en ello, o, si se quiere, si se tienen que hacer figuritas o distribuirse la naturaleza, las matemáticas funcionan por igual. Y la pregunta es, ¿por qué? Y, de cierta manera, interpreta el mundo físico.

Resulta que hay que hacer matemáticas: para el filósofo también son importantes. Sin matemáticas no hubiésemos mandado un hombre a la luna, pues para que esto sucediera estuvieron miles de matemáticos haciendo cálculos a mano. Pero, para sorprender a muchos filósofos, también matemáticos les deslumbraron con sus enseñanzas.

Lo mismo sucede con la física. Resulta que aparentemente se produce un campo; en ese campo, las demás partículas generan materia, y si uno se da cuenta, entre esa distancia que hay entre los elementos que están en los átomos, no nos quedamos en esto, en la materia. Por ejemplo, en el 2012, se planteó [el proyecto de] los aceleradores de partículas, [partículas que los] recorren a la velocidad de la luz y al estrellarse generan campos de fuerzas, campos magnéticos, etc., y aparentemente están todavía tratando [de ver] si eso es verdad, [si] la materia se convierte en materia cuando esas partículas entran en el campo. Lanzan esas partículas en la frontera de Francia y la frontera de Italia para que ellas giren a velocidades muy cercanas a las de la luz y, al estrellarse, no pasa nada; y ahí es donde se descubre que hay otra, y otra [partícula], y esto pareciera no tener fin. Es este tipo de deslumbramiento el que hace que los filósofos nos preguntemos por la realidad.

En el siglo XVI o XVII, resulta que la vida humana es capaz de ser analizada matemáticamente; pero la vida humana es muchísimo más compleja que un pedazo de hierro o de madera. La gente que pasa [a] esos campos, logra determinar preguntas como las siguientes: ¿por qué un remedio hace efecto y el otro no? Y eso solo se puede descubrir a nivel genético. Pero el nivel genético solo se puede tratar a través de fracciones diferenciales, por eso es imposible que el ser humano lo haga a mano, pues tardaría siglos, e incluso una computadora tardaría años... La matemática, la biología y la computación logran determinar parte de la realidad, y esa [parte de la] realidad es un ámbito de las causas. ¿Y por qué el filósofo no debe saber de eso? No es un especialista, pero cuando lea o hable, debe saber de ciencias, pues ahí puede encontrar nuevas preguntas, perspectivas o incluso algunas respuestas a su quehacer.

La respuesta, por supuesto, no es la de un especialista, él no puede preguntarse eso, porque no podría ser especialista. Leibniz fue el último hombre que concibió el conocimiento [y fue] capaz de modificar[lo], pero porque esa enorme capacidad de entender el mundo de las matemáticas, del biólogo... este pensador alemán la tenía, y eso enriqueció su filosofía.

Lo único que podemos permitir[nos preguntar], siendo filósofos, es: ¿cómo hicieron ellos la pregunta? ¿Qué valor tienen esas preguntas en la realidad? ¿[En] qué cosas erraron cuando preguntaron? Este es el enorme placer de hacer filosofía, tener la posibilidad de hacer controversia, de preguntarles, forzarlos a contestar sobre las cosas que son, tener el enorme placer de poder conversar realmente con ellos, porque ninguno tiene la labor de aprenderse algo memorizado.

Entonces aprendan de los filósofos, de sus textos, de lo que está ahí, y no les tengan envidia, no les tengan complejos: sus preguntas son diferentes.

Gracias.